

BOLETIN del



MUSEO NACIONAL de HISTORIA NATURAL

MONTEVIDEO - URUGUAY

Julio de 1981 Vol. 2 Nº 33

BONSAI - 50 años de experiencia (III)

Al promediar la década de los años 20, todo lo relativo a árboles enanos japoneses había alcanzado una cierta difusión. No obstante, entonces como ahora, las formas de logro no salían del campo especulativo. En revistas agrarias, misceláneas y almanaques, se publicaban fotografías de ejemplares famosos y se daban fórmulas de cultivo poco menos que mágicas, recogidas según los informantes, de tradiciones de monjes budistas o tomadas de los archivos de algún castillo del Japón feudal. Por aquel entonces vivíamos en San José. Mi padre, entusiasta de la apicultura y de toda forma de jardinería, que había convertido un gran predio de los alrededores de la ciudad en un bosque de forestales, melíferas y enredaderas, incluyendo variedades exóticas que luego no he vuelto a ver, se interesaba vivamente en Bonsai y había ensayado alguna de aquellas fórmulas. Recuerdo las medias cáscaras de naranja en que depositaba las semillas en una mezcla de tierra y tanino que regaba muy espaciadamente. Desde luego que de semejantes laboratorios jamás obtuvo una brizna de hierba. Transcurrirían treinta años antes de que pusiera en sus manos uno de mis primeros objetivos logrados, un airoso curupí traído de Salto y que a esta altura de las cosas ya ha conocido cuatro generaciones. Mi segunda experiencia no fue más feliz. De los almácigos de mi padre tomé dos plantas jóvenes, un ciprés y un paraíso, que coloqué en pequeñas macetas y regaba con profusión. Al cabo de un par de años rayaban los cincuenta centímetros

de altura, mostrándose frescos y lozanos, pero sus troncos apenas si tenían el diámetro de un lápiz. De nada valió menudear los riegos, mejorar la tierra o hacerles los consabidos cortes longitudinales en la corteza, tal como figura en cualquier manual de silvicultura. Por la misma época ensayé esquejes, acodos e inclusive probé con semillas de árboles de crecimiento precoz, bajo campana de vidrio y a regímenes de humedad concentrada. Los resultados fueron los mismos. En años, los arbolillos se estacionaban en una forma de raquitismo indefinido, sin siquiera aproximarse al aspecto y porte deseados. Evidentemente algo andaba mal.

Así las cosas, resulta increíble que una vez tuve la fórmula al alcance de la mano y la pasé por alto. En una de mis largas estancias en una estancia de costas del arroyo Cufre, un paisano amigo me había dicho que si conseguía un pequeño ombú de tronco algo desarrollado, lo desmochaba y lo plantaba en una lata, obtendría grandes satisfacciones. Desoído el consejo, hube de esperar muchos años para que ya en Montevideo, otro buen amigo, el Sr. Kanji Yuge, me explicara que en el Japón, los coleccionistas de árboles enanos los procuraban en las grietas de las montañas, ya formados y con las raíces concentradas en una **minima** porción de tierra. Sin más ni más quedaba todo aclarado. Era entonces que el Bonsai "no se iniciaba sino que se continuaba", comenzando el cultivo en una etapa ya avanzada del crecimiento, cuando el tronco ha adquirido el diámetro y forma definitivos. En especímenes que he venido observando en treinta o cuarenta años, las ramas y las raíces han crecido de acuerdo a un plan previsto, pero los troncos se mantienen iguales al día en que se inició el cultivo. Escapan a la regla algunas plantas de gran absorción y acumulación acuosa, como por ejemplo el ceibo, el ombú, el timbó o el palo borracho. Regados normalmente y aún en el caso que se los mantenga en tiestos pequeños, crecen de manera incontrolable, resultando muy difícil darles forma y proporciones estables por debajo de los cincuenta centímetros de altura. En principio, todo árbol o arbusto puede ser cultivado al estilo Bonsai. La condicionante radica en que una vez cercenada la copa y podadas las raíces para que puedan ubicarse en el tiesto, sea capaz de rebrotar y sobrevivir hasta formar nueva copa. En algunos casos puede recurrirse al sistema de injertos, pero dado que estos requieren conocimientos y práctica de nivel profesional, es preferible contar con que los especímenes rebrotarán por si mismos. Consecuentemente, es aconsejable la selección de variedades

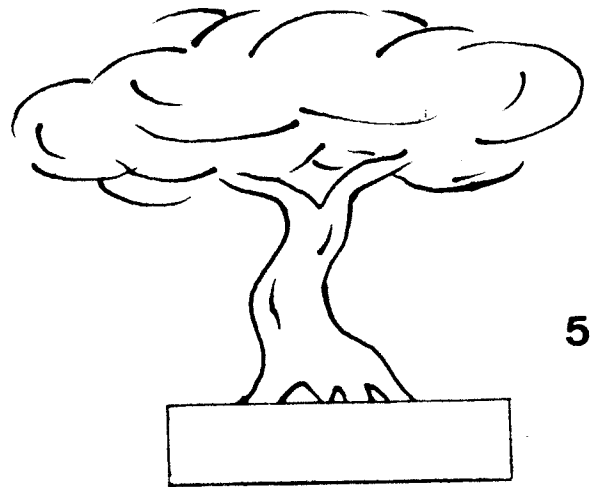
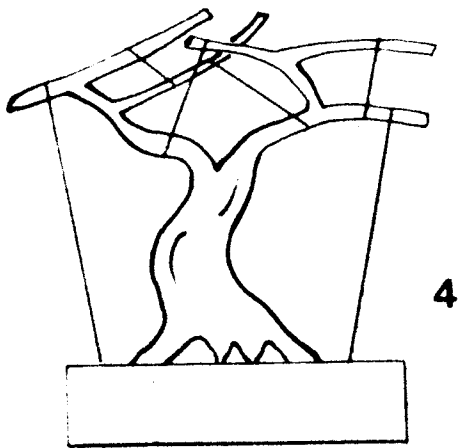
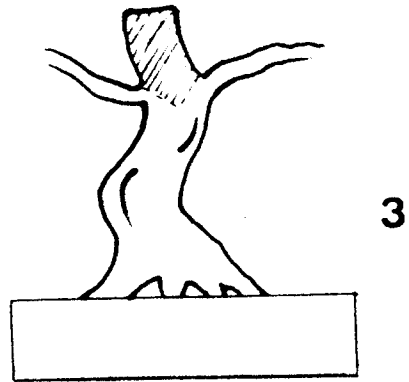
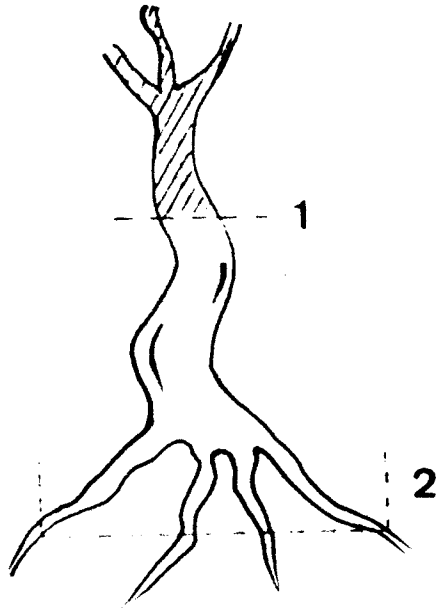
rústicas y de reconocida vitalidad, capaces de sortear la prueba. Conforme a las características de nuestro clima, que cuenta en el proceso, los granados, membrillos de jardín o cerco, algunas acacias (farnesiana y e-búrnea), el boj, el evónimo, etc., pero muy en especial algunas formas de nuestra flora indígena. Así, el arazá, el coronilla, el tala, el mata-ojo, el arrayán, el molle, el espina corona, por citar algunas, son las más indicadas para un ensayo promisor. Con las últimas en particular, se obtendrán ejemplares en los que habrá de conjugarse su natural belleza con los valores más genuinos de nuestra tradición. Respecto a las coníferas, pino, ciprés, abeto, junípero, cedro, etc. tan utilizadas en el Japón, no son aconsejables en nuestro medio, no sólo por su elevado costo sino porque precisamente, en razón del clima, no parecen responder al cultivo en la medida que las anteriores.

Para desarrollar la forma más elemental de Bonsai, el llamado "tronco simple a pie bajo", punto de partida para abordar temas más complejos, se procura un arbusto de los señalados anteriormente, cuyo diámetro en la base sea de unos tres o cuatro centímetros. Retirado el arbusto de la tierra o tiesto que ocupa, al finalizar el invierno e insinuarse la primavera, no antes ni después, se le va quitando la tierra de arriba hacia abajo a lo largo del tronco, juntamente con las raicillas suplementarias. Alcanzadas las verdaderas raíces, desde su inserción, se toma una vertical de veinte centímetros, hacia arriba, altura en la que se corta el tronco con ayuda de una sierra de dientes finos. El corte se efectúa en cingulo, haciendo girar el tronco, para evitar el desprendimiento de la corteza. Terminado el corte y para evitar la evaporación de la savia, se recubre la superficie expuesta con alguna de las sustancias llamadas por los que injertan "ungüento de ingeridores", que bien puede ser goma arábiga mezclada con tierra o polvo de ladrillo. Deben evitarse los compuestos en que intervengan como filtrantes la acetona, el aguarrás o el tinner, altamente nocivos para la planta. Las raíces y raicillas se cortan de manera similar, con sierra o tijeras de podar, acomodándolas a la forma del tiesto seleccionado. Este, conforme a las medidas que venimos dando, podrá tener un diámetro de veinte centímetros por una profundidad útil de ocho o diez. En el fondo se depositará una delgada capa o estrato de pedregullo fino, como el que se coloca en las peceras. Terminada la operación, se distribuye bien la tierra entre las raíces, se la apisona y

mantiene húmeda, aunque evitando la formación de barro. La planta deberá conservarse a media sombra y resguardada del viento. Seguramente, el rebrote no se producirá en el borde mismo de corte, sino cuatro o cinco centímetros por debajo. En consecuencia, al año o a los dos años de concretarse los retoños, ya convertidos en ramas, se hará un segundo y último corte para retirar el trozo de leño sobrante, que ya estará seco. El armado de la copa se hace mediante tensores de hilo o nylon muy fino, dándose a las ramas la forma adecuada y prevista. En ocho o diez años más, la corteza habrá recubierto y disimulado la superficie del corte, con lo que el espécimen puede considerarse definitivamente logrado.

El que se inicia en el cultivo de árboles enanos debe suponer que los especímenes con que realice un primer ensayo sobrevivirán a la prueba y serán los definitivos, ya que difícilmente desechará un ejemplar luego de haberle dedicado cuatro o cinco años de atención, que es el tiempo mínimo requerido para vislumbrar resultados futuros. En consecuencia es fundamental, no sólo seleccionar entre muchos el ejemplar adecuado, sino tener en mente la forma que se le irá dando en las distintas etapas del crecimiento. Errores iniciales de planificación comprometen todo el proceso y suelen terminar con la vida del árbol cuando no con la paciencia del que lo cultiva.

En líneas generales existen dos formas de Bonsai, a las que T. Tsudzuki llama ordinaria y extraordinaria. La primera muestra a la planta en su porte y aspecto usuales, tal como se la ve en condiciones ecológicas y climáticas normales, sólo que reducida en su escala. Aquí es donde se logran los efectos artísticos más admirables aunque también los más laboriosos, ya que cualquier retoño descontrolado puede comprometer la armonía del conjunto. El segundo tipo muestra al arbusto cuya forma ha sido alterada por agentes externos, vientos dominantes de un solo sector, presión o roce de piedras contiguas, erosión de suelos, etc. En general, el observador profano se siente más atraído por este tipo de cultivo que por el anterior. Respecto a la altura, los cánones indican no sobrepasar los 80 cm, margen utilizable para ensayar con árboles de hoja grande o de crecimiento rápido, tales como el ceibo, el timbó o el palo borracho. No existen reparos en cuanto a la elección de variedades de hoja perenne o caduca. Si bien las primeras tienen plenitud anual, las segundas se revisten de coloraciones muy originales en el otoño, los "cobres y rojos otoña-



les", en tanto que en el invierno adquieren un "triste encanto" que siempre valora el auténtico bonsaista.

Como ya lo señaláramos, el punto de partida de todas las formas de Bonsai es el llamado de tronco simple a pie bajo, de donde derivan los de tronco múltiple, a pie alto y tantas otras variantes, inclusive los de tronco desmesuradamente grueso, de gran efecto y que de alguna manera se asemejan al baobab. Con nuestro ombú se logran muy buenos ejemplares de este tipo.

Es fundamental la correcta elección de tiestos. La experiencia indica que los que más realzan la belleza de los arbustos son los rectangulares o cuadrangulares, llanos y preferentemente blancos. Deben ser sobrios, sin decorado, ajustándose en un todo a las normas del funcionalismo japonés, que constituye el marco ambiental más adecuado para el lucimiento del Bonsai. Convendrá recordar que si el observador se siente más atraído por la belleza y originalidad del tiesto que por la del propio árbol, el jardinero habrá fracasado.

Tal como lo entendían los artistas de la Epoca Kamakura (1185-1337), las piedras constituyen un elemento fundamental de la paisajística. El Bonsai las utiliza desde sus orígenes e inclusive, hay casos en que el elemento central de una representación está formado por una o más piedras, marginadas de musgo, yerbajos, o pequeños bambúes. No obstante, las piedras no deben alterar la armonía cromática del conjunto ni ser de forma rara o desusada. En consecuencia, no corresponde formar mozaicos con piedrecillas de colores como tampoco, por ejemplo, utilizar rocas con cristales de cuarzo o fragmentos de ágata pulida. El ideal son las piedras de formas redondeadas, sin aristas o fracturas recientes, de tonalidad y aspecto uniforme y que aparezcan como aflorando naturalmente del suelo. Es como si cuanto rodea al árbol enano debiera estar a un paso del mimetismo, que es el ropaje preferido de la Naturaleza.

Algunos bonsaístas gustan incluir en los tiestos, aparte del espécimen que constituye el centro del cultivo, algunas plantas adicionales como también panes de musgo, pretendiendo dar más naturalidad al conjunto. Hemos constatado que estas prácticas no solo denotan "artificio" sino que suelen ser perjudiciales. Todo vegetal que se coloque junto al arbusto puede resultar de mayor capacidad expansiva y ocurrir, considerando el poco espacio disponible, que sus raíces terminen por "asfixiar" las del pro-

pio huésped. Respecto al musgo, aparte que requiere ambientes muy sombríos, al ocultar la tierra no permitirá conocer las necesidades de riego. Podrá mostrarse verde y fresco en tanto la tierra que cubre esté completamente seca.

Se debe ser cauteloso en cuanto al uso de fertilizantes. Si en un principio se procuró tierra negra, rica en mantillo, por años será innecesario mejorarla. No obstante, llegado el caso, puede emplearse cualquier tipo de abono natural: harina de pescado, polvo de hueso, estiércol, etc. La mejor forma de aplicación es la de introducir pequeñas cuñas del producto, espaciadas, a lo largo del borde del tiesto. Debe prescindirse de los fertilizantes químicos o industriales, pues por lo enérgicos suelen "quemar" la planta.

Pese a que en el curso del tiempo los árboles enanos se van haciendo rústicos y sufridos, deben protegerse tanto de la acción directa y prolongada de los rayos solares como de los vientos fuertes, cálidos y secos. Son también muy vulnerables a determinadas plagas, en especial a la araña roja (Tetranychus telarius) y al llamado hongo blanco (Oidium sp.) que no erradicados en un primer momento pueden provocar daños definitivos. Se tendrá presente, en fin, que el mejor regado es el de la lluvia, rica en ozono y que tiene la virtud de lavar a fondo el follaje, lo que constituye la mejor profilaxis contra aquellas plagas.

Los que se inician en Bonsai, no se conformarán con cultivar un solo espécimen sino que pretenderán varios o muchos. De no medirse, pronto se verán desbordados por decenas de arbolillos, cuyo cuidado y atención desalentará al más entusiasta. En consecuencia, debemos concentrar nuestro interés en un número muy limitado de piezas, no menos de tres ni más de seis. Sin mayores esfuerzos lograremos un conjunto armónico, sobrio y representativo, con el que sin duda, en el correr de los años, habremos de compartir una plenitud serena, rica en experiencias y recuerdos.

Eduardo F. Acosta y Lara

LEYENDA DE LAS FIGURAS

1. Primer corte del tronco.
2. Corte de las raíces.
3. Segundo corte del tronco.
4. Colocación de los tensores para dar forma a la copa.
5. Bonsai en su forma definitiva.

EL HALCONCITO

El halconcito, Falco sparverius Linneo, 1758, pertenece, junto con todas las rapaces diurnas, al Orden Falconiformes. Se distribuye, comprendiendo varias subespecies, desde el Norte de los Estados Unidos de Norteamérica hasta Tierra del Fuego.

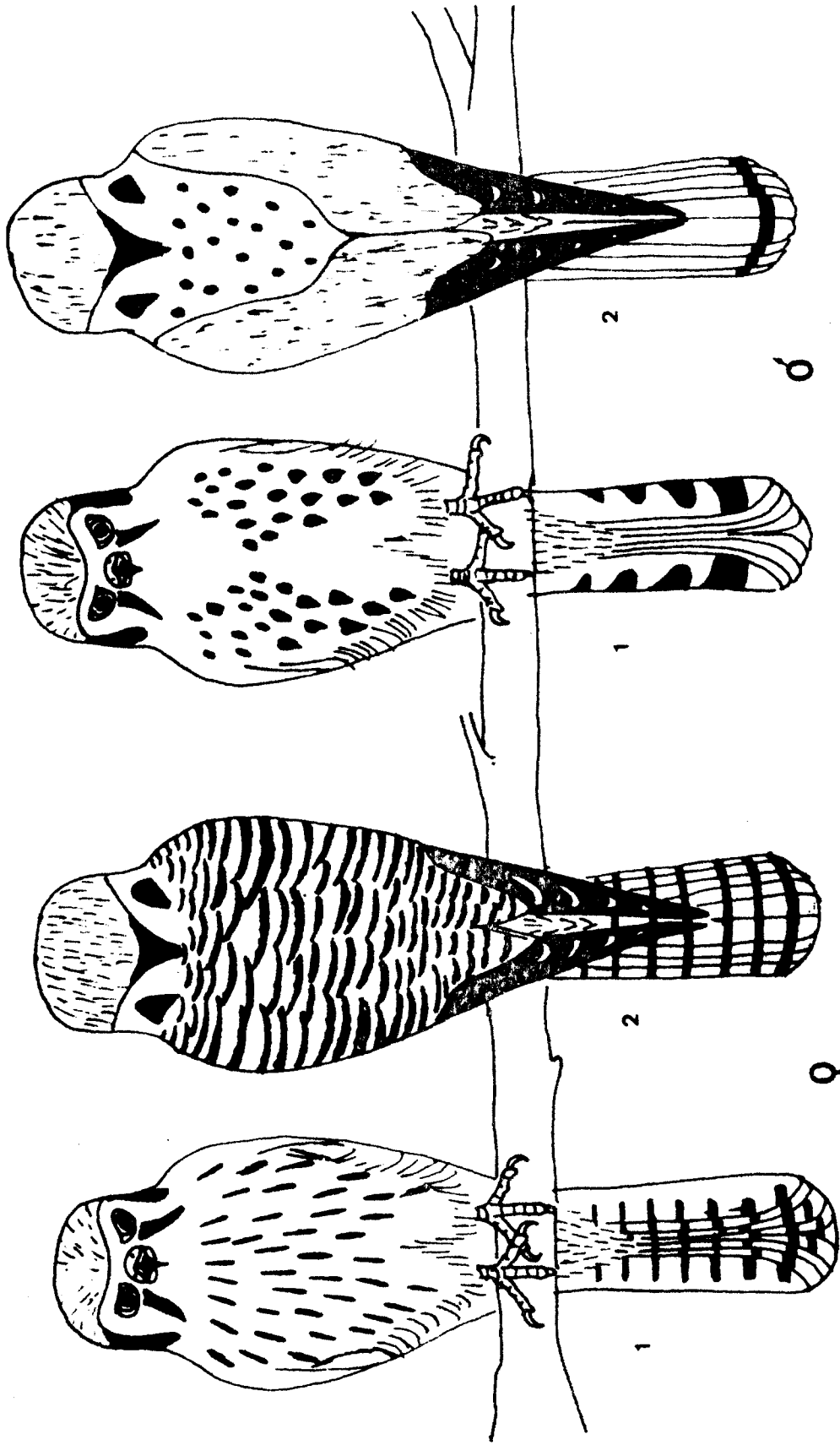
Es nuestra rapaz más pequeña, con una longitud total promedio de 25 centímetros, y un peso aproximado de 115 gramos, siendo por lo general las hembras de tamaño mayor que los machos.

La cabeza posee la corona de color gris plomo y los lados, así como la garganta, blancos con dos pares de líneas negrasmy verticales. Por detrás, la cabeza tiene dos manchas redondeadas negras, enmarcadas en blanco-crema, similares a ocelos. El dorso es de color castaño-rojizo con manchas redondeadas negras en el macho y barras transversales en la hembra. El macho presenta el dorso de las alas de color gris plomo, mientras que la hembra mantiene en ellas el mismo color y diseño que en el dorso. Dorsalmente, la cola es castaño rojiza, con una banda transversal negra subterminal y blanca terminal. En ambos sexos, el pecho y abdomen son blanco-cremoso, con manchas negras redondeadas en el macho y rayas verticales castaño-rojizas en la hembra. Ventralmente, las alas son blancas, variegadas de gris. La cola varía entre un color beige claro y un castaño claro, con manchas negras en las rectrices del macho y barrada del mismo color en la hembra.

El pico y las uñas son negros y la cera y las patas varían desde el crema pálido al amarillo anaranjado.

Esta pequeña rapaz habita todo nuestro territorio, siendo más frecuente en algunas zonas. Es posible verla en campo abierto, monte natural ralo (espinillares, talaes, etc.), bosque artificial, posada sobre postes o alambres telefónicos o telegráficos, tanto en parejas como en grupos de varios individuos más o menos distanciados entre si. También es frecuente verla cerca de la vivienda humana y aún hasta en el mismo centro de Montevideo.

Su alimentación consiste principalmente de insectos, consumiendo también pequeños roedores, aves, arañas, ciempiés y lagartijas.



1: frente 2: dorso

Dos son las técnicas que utiliza para la captura de sus presas: Posado en una rama o poste, mirando en derredor, o volando, manteniéndose estático en un punto mediante rápidos aleteos, cambiando su punto de observación cada pocos minutos. Al avistar una presa se deja caer sobre ésta para llevarla a su posadero.

Durante la época de la reproducción, que abarca desde fines de Octubre hasta fines de febrero, deposita sus huevos en nidos abandonados de otras aves, salientes de rocas y huecos de árboles. En nuestro país es común encontrarlo en los nidos comunales de la cotorra común, Myiopsitta monachus. La puesta consta de dos a cuatro huevos de forma subsférica y fondo blanco con numerosas manchas y rayas rojizas, más abundantes en el polo obtuso. A partir de mediados de Diciembre es común ver a sus pichones con los de la cotorra común, que suelen traer los pajareros hasta Montevideo, para venderlos como mascotas.

Esta rapaz no sólo es víctima de los pajareros, sino también de las carnizas envenenadas, que suelen matar además otras rapaces, benteveos, tijeretas y aún perros.

El "halconcito", al igual que las demás rapaces, es perseguido por el hombre por atribuírsele acciones dañinas. Es evidente que la utilidad que presta como control natural de ciertos animales, algunos de ellos considerados plaga (ratones, langostas, escarabajos), es mucho mayor que el perjuicio que pueda ocasionar al robar alguna vez un canario o un pollito "bebé", lo que frecuentemente se exagera por razones sentimentales.

Debido a esta evidente utilidad como control biológico, es necesario actuar no sólo en la práctica evitando su caza indiscriminada, sino también en la enseñanza, demostrando su valor y la necesidad de protegerlo.

Mario Huertas

Toda la correspondencia referente a este BOLETIN debe dirigirse a:

Lic. Alvaro Mones, Editor
Museo Nacional de Historia Natural
Casilla de Correo 399 (o calle Buenos Aires 652)
Montevideo - Uruguay
